

PUBLICACIÓN-ANARQUISTA

MI ANARQUISMO/ EL DERECHO DE SOÑAR/ EL DILEMA DEL PRINCIPE/ A TODOS LOS AUSENTES/ LA EVOLUCIÓN DEL PENSAMIENTO ETICO Y FILOSÓFICO DE BAKUNIN

Nº 28
AÑO VII
JULIO
2015
BAHIA BLANCA
$10



MI ANARQUISMO

Por Moro Vaez

Yo, al anarquismo, lo pongo a prueba con mi piel, lo penetro con cortes de guerra en mi cuerpo para que su repetición lacónica sin sonido a carne, no logre borrar el sentido de su parecer. A mi el anarquismo me invita al desastre de todo lo que es, incluso de aquellas certezas socialistas que se acomodan en las vidrieras para vender.

El anarquismo para mi es la tierra del deseo a donde pertenezco. Es hilaridad entreverada en forma de ovillo. Es colectividad. Es sentido. Es ausencia, anonimato, contradicción, protagonismo, POTENCIA. Es la vida sin espejo. Las miradas trasmitiendo sentimientos, rompiendo las lentes y las lupas con que nos vigilan. Es transitar el cuerpo desde los deseos, desde el placer y la autenticidad. Es un puente de solidaridad que se tiende en cada esquina. Es un corazón que galopa al ritmo de todo lo demás. Es su propio curso. Es caerse a cada instante porque estamos aprendiendo todo el tiempo a caminar.

Por eso me atrevo a exultarte a transformar nuestra mirada, nuestra postura, nuestros gestos, a transformar el sonido de la voz en un grito de amor y de guerra. Ser capaz de confiar en las millones de vidas que desconocemos y nos aclaman sin reservas, que se cuelan en mi nombre y en el tuyo.

Solo podemos volar con las alas de la locura en este viaje sin huecos.

Si a vos te da tranquilidad escucharte, repetir un relato articulado, complejo, impenetrable, si a vos te calma la angustia creerte el cuento del individuo que se deshace en un horizonte heroico, si creés que lo único que importa es, ser parte de un rebaño pintoresco ficcionando a un ser parte de un hipotético movimiento obrer@. Te invito a que te atrevas a otra cosa: Sangrá las manos de tu cuerpo, habitá tu propia vida de trabajo y de deseos, vas a ver como un anhelo de muerte pero también de vida te recorre.

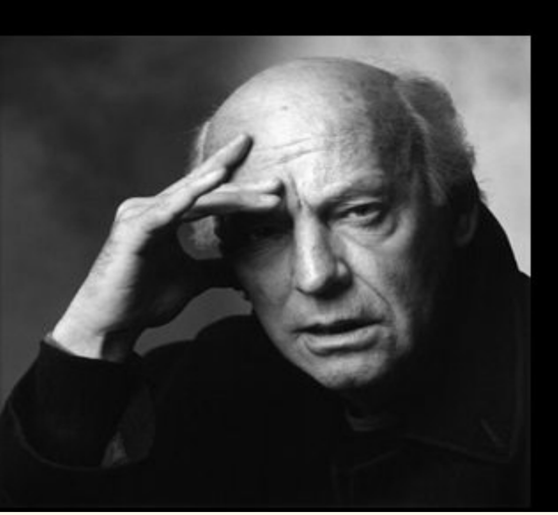
Ahora imaginá que sos una persona completa, porque tu cuerpo existe y existen también unas venas invisibles que te conectan con otros cuerpos en el pasado. Sos la expresión más perfecta y acabada de vos mism@ y también sos nadie, en un nosotr@s que se eyecta hacia adelante. Un futuro que se muere sin tu presencia inquieta, sin tu exótica firmeza, sin tu singularidad. Y también se muere si te cortás las venas que te convierten en plural. No en masa informe, no en garabato pintorezco, no en multitud amorfa. Te convierten en un cuerpo apócrifo conformado por millones de labios y de lenguas como látigos. Te convierten en trabajo anónimo, en mano invisible capaz de mover, de crear y de romper las vallas de lo imposible.

Estas emociones y sentimientos son para mí: la identidad de clase. La del abajo que vive en las estrellas sin nombre. La del trabajo que construye destinos sin límite. La de la unión que no me desaparece. La del grito que truena. La que teje mantas y frazadas de calor por todas las noches de la tierra.

Esta es mi identidad de clase, no tu mierda proletaria impronunciable.

Aprendamos a vibrar la libertad desde las entrañas del cuerpo, a escuchar las palabras que nos sugiere el mundo. Aprendamos a emocionarnos con el dolor y el amor de un otr@, a conectarlo con nuestra propia voz. Aprendamos a destrozar los miedos que nos educan en la soberbia, en la parafernalia y en la representación del otr@ a través de nuestra necesidad de certezas. Aprendamos a vivir con la incertidumbre de lo que no sabemos, a crear un sentido colectivo más allá de nuestra voz. Aprendamos un idioma que renueve la pasión y recién ahí voy a creer, voy a emocionarme, voy a enloquecerme y a gritar con vos tu anarquismo lleno de cuerpo, lleno de deseos, de incoherencias, sin razón, maldito.

Por ahora, siento que somos como idiotas pronunciando letras inconexas.



Vinieron. Ellos tenían la Biblia y nosotros teníamos la tierra. Y nos dijeron: «Cierren los ojos y recen». Y cuando abrimos los ojos, ellos tenían la tierra y nosotros teníamos la Biblia.

1940– 2015

—Eduardo Galeano

EL DERECHO DE SOÑAR

Por Eduardo Galeano

Vaya uno a saber cómo será el mundo más allá del año 2000. Tenemos una única certeza: si todavía estamos ahí, para entonces ya seremos gente del siglo pasado, y, peor todavía, seremos gente del pasado milenio. Sin embargo, aunque no podemos adivinar el mundo que será, bien podemos imaginar el que queremos que sea. El derecho de soñar no figura entre los treinta derechos humanos que las Naciones Unidas proclamaron a fines de 1948. Pero si no fuera por él, y por las aguas que da de beber, los demás derechos se morirían de sed.

Deliremos, pues, por un ratito. El mundo, que está patas arriba, se pondrá sobre sus pies:

- En las calles, los automóviles serán pisados por los perros.
- El aire estará limpio de los venenos de las máquinas y no tendrá más contaminación que la que emana de los miedos humanos y de las humanas pasiones.
- La gente no será manejada por el automóvil, ni será programada por la computadora, ni será comprada por el supermercado, ni será mirada por el televisor.
- El televisor dejará de ser el miembro más importante de la familia y será tratado como la plancha o el lavarropas.
- La gente trabajará para vivir, en lugar de vivir para trabajar.
- En ningún país irán presos los muchachos que se nieguen a hacer el servicio militar, sino los que quieran hacerlo.
- Los economistas no llamarán *nivel de vida* al nivel de consumo ni llamarán *calidad de vida* a la cantidad de cosas.
- Los cocineros no creerán que a las langostas les encanta que las hiervan vivas.
- Los historiadores no creerán que a los países les encanta ser invadidos.
- Los políticos no creerán que a los pobres les encanta comer promesas
- El mundo ya no estará en guerra contra los pobres, sino contra la pobreza, y la industria militar no tendrá más remedio que declararse en quiebra por siempre jamás.
- Nadie morirá de hambre, porque nadie morirá de indigestión.
- Los niños de la calle no serán tratados como si fueran basura, porque no habrá niños de la calle.
- Los niños ricos no serán tratados como si fueran dinero, porque no habrá niños ricos.
- La educación no será el privilegio de quienes puedan pagarla.
- La policía no será la maldición de quienes no pueden comprarla.
- La justicia y la libertad, hermanas siamesas condenadas a vivir separadas, volverán a juntarse, bien pegaditas, espalda contra espalda.
- Una mujer, negra, será presidenta de Brasil, y otra mujer, negra, será presidenta de los Estados Unidos de América. Una mujer india gobernará Guatemala, y otra, Perú.
- En Argentina, las locas de la Plaza de Mayo serán un ejemplo de salud mental, porque ellas se negaron a olvidar en los tiempos de la amnesia obligatoria.
- La Santa Madre Iglesia corregirá algunas erratas de las piedras de Moisés. El sexto mandamiento ordenará: "Festejarás el cuerpo". El noveno, que desconfía del deseo, lo declarará sagrado.
- La Iglesia también dictará un undécimo mandamiento, que se le había olvidado al Señor: "Amarás a la naturaleza, de la que formas parte".
- Todos los penitentes serán celebrantes, y no habrá noche que no sea vivida como si fuera la última, ni día que no sea vivido como si fuera el primero.

EL DILEMA DEL PRINCIPE

Por Tsekub

Hace ya algunos años -podría decirse, exagerando un poco, que "cuando era feliz e indocumentado"- veía bastante televisión por cable. Películas sobre todo. Recuerdo haber visto algunas

que me gustaron bastante y de las cuáles tengo un grato recuerdo aun cuando, lamentablemente, se me han borrado de la memoria tanto el título como el reparto, el director y todos los demás datos pertinentes. A veces, por una feliz coincidencia o con ayuda de San Google, puedo redescubrir aquellos datos que perdí. Así me he podido enterar, en estos días, de que una hermosa película que disfruté hace ya algún tiempo se titula *El príncipe estudiante* y que la misma cuenta con la voz, aunque no con la presencia física, del famoso tenor Mario Lanza (de hecho, su nombre es lo que me ha permitido coronar con éxito una *ciberbúsqueda* varias veces fracasada en el pasado). Me entero, también, de que el film que disfruté es la segunda versión y que existe una anterior -muda, por cierto- dirigida por Ernest Lubitsch, la que, estoy seguro, debe ser una joya. La que disfruté contó con la dirección de Richard Thorpe y puedo asegurar no que “debe ser” sino que es una joya. Y sumamente interesante por las reflexiones que genera.



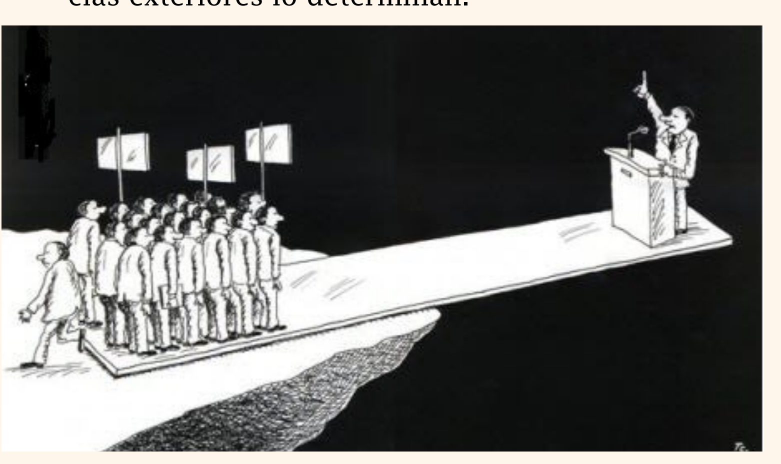
La historia

Se trata de la historia del príncipe heredero de algún reino de la Europa Central en algún momento histórico, hasta donde recuerdo, no determinado del todo -pudiera ser el siglo XIX. Habiendo terminado su instrucción militar, el príncipe se dirige a la universidad acompañado de su tutor, un anciano bondadoso que desea que, antes de cargar sobre sus hombros el peso de los asuntos públicos, el chico tenga la oportunidad de vivir algunas de esas experiencias que son la sal de la vida. No recuerdo bien si en forma intencionada o no, el príncipe es confundido con un estudiante plebeyo. En la universidad -exclusivamente masculina- existen dos clubes o fraternidades estudiantiles, una de los plebeyos y otra de los nobles. El príncipe, del cual nadie sabe que es príncipe, ingresa en la primera. El deseo de su tutor se cumple y el **príncipe** hace (¿por primera vez?) amigos de verdad y vive alegres días de juerga. Y, como no podía ser menos, también vive un romance. Se enamora sinceramente de la hija del posadero. Y es correspondido.

Todo va sobre ruedas hasta que, no recuerdo cómo, se descubre la verdad. Entonces, los prejuiciosos y atildados miembros de la otra fraternidad le exigen que se una a ellos. Pero, como él ya hizo amigos entre los plebeyos, rechaza la oferta y sobreviene el inevitable duelo, con la no menos inevitable preocupación de su amada. El duelo termina sólo con una pequeña herida de su rival y con el honor de ambas partes puesto a salvo. Es un gran momento, un momento de gloria y, precisamente entonces, llega una noticia terrible: El rey está muy enfermo, se teme un desenlace fatal. El príncipe debe volver a la capital de su reino y prepararse para asumir sus responsabilidades: En primer lugar, casarse con su prometida, la princesa de un reino vecino (¡lo había olvidado el inocente, víctima de las travesuras del viejo Cupido!) y, en segundo lugar, estar listo para el trono y la corona. ¡Pero no puede ser, él está enamorado, tiene amigos, no es justo! En diálogo con su viejo tutor examina sus opciones y se da cuenta de que no tiene demasiadas. Si no se casa con su prometida, las relaciones con el reino de la que ésta proviene se resentirían. Incluso podría haber una guerra. ¿Renunciar a la corona? Él es la única garantía de continuidad. Si desaparece de la escena, más de un pretendiente se lanzará sobre el trono como buitre a la carroña. Podría darse una guerra civil.¡Pero no es justo, no es su culpa todo eso! No es su culpa pero el hecho de no haber diseñado la cadena causal no lo libera del hecho de ser un importante eslabón de la misma. Nadie dijo que la vida y el trabajo de un príncipe heredero fuesen siempre fáciles. Es, finalmente, su propia amada la que le pide que rinda ante el peso implacable de los hechos. Él debe partir, su consuelo radicará en atesorar esos recuerdos. “Seré tu primer amor” dice ella. “Serás mi único amor” responde el galán. Tras haberse despedido de sus amigos y de asegurar que nunca olvidará esos días, vemos al príncipe cabizbajo y meditabundo sentado en el interior de un carruaje, alejándose para siempre de la universidad. Precisamente entonces se escucha, perdiéndose en la distancia y el pasado, al coro universitario entonando el famoso himno estudiantil Gaudeamus Igitur. Su tutor, sentado a su lado, le da una palmada en la mano y le dice: “Gaudeamus, Alteza, debemos alegrarnos de ser jóvenes...”

Lo que enseña

Esta historia nos muestra varias cosas. Una de ellas es cómo, en sociedades con roles rígidos, la frontera entre las edades está mucho más claramente delimitada. Un día la juventud se acaba de golpe y sin transición, con la misma exactitud e inexorabilidad con la que, a las 12 de la noche, termina un día y comienza el otro. Podemos inferir que, en la vida del personaje, hubo una vez que la infancia también se terminó del mismo modo, cuando el chico fue enviado a recibir instrucción militar. En sociedades y situaciones de este tipo -que siguen, qué duda cabe, existiendo en nuestro mundo pero que son, hoy, mucho menos frecuentes en las clases medias occidentales- no existe sitio para adultos con "Síndrome de Peter Pan" y el tránsito de una edad a otra no se produce mediante una serie de tanteos, dudas y errores sino de golpe y sin apelación posible. Circunstancias exteriores lo determinan.



Pero otra cosa que muestra la historia -y que es la que, principalmente, nos interesa en este artículo- es cómo puede existir eso que, popularmente, se llama "un mal menor" o "un mal necesario", términos que son equivalentes pues, cuando se dice que algo "es un mal necesario", se está diciendo en realidad, que, en caso de ser suprimido, ocurrirían cosas todavía peores que ese algo. En el caso de este príncipe, no cabe duda de que es una terrible injusticia el hecho de que todo su destino haya sido trazado de antemano sin consultarlo y de que, por lo tanto, se vea obligado a renunciar a todo lo que más ama. Pero su rebelión contra este orden de cosas acarrearía males todavía mayores. Es necesario su sacrificio, "su muerte será la vida de la nación".

¿Cómo se llegó a ese punto? Es difícil saberlo. Lo que si podemos decir es que esta historia nos enseña algo que, aunque pueda parecer una verdad de Pero Grullo, es algo muy importante y es que *toda institución social, por injusta, corrupta o violenta que nos parezca no se mantiene sólo por que beneficie ciertos intereses sino, también y sobre todo, por que, mal que bien, cumple una función y, en caso de ser suprimida de golpe, es casi seguro que su ausencia se va a notar, lo que llevará, en caso de que no se la sustituya con presteza en esa función, a su recomposición*. Ejemplos pueden encontrarse muchos. Se ha dicho que la economía de algunos países se ha vuelto excesivamente dependiente del narcotráfico, del turismo sexual o -en el caso de los Estados Unidos- de la industria militar. Pero no hace falta ir tan lejos. Pensemos en cualquier institución que nos desagrade: El Estado, la usura y la explotación capitalista, la familia autoritaria, la escuela autoritaria, etc. Casi siempre encontraremos, aun cuando no nos guste admitirlo, que para algo sirven.

Podemos decir, en estos casos, que la sociedad se ha "malacostumbrado" y que su situación es similar a la de aquellos neuróticos que "gozan su síntoma" y que rechazan la terapia. O que la situación de los adictos pues también la adicción cumple una función y satisface una necesidad. En la psicología popular y divulgativa se habla, a veces, de que el enfermo se encuentra en una "zona de confort" y que, por eso, no realiza el esfuerzo necesario para curarse. Vive en una contradicción permanente. Sabe que, si se libera plenamente de su adicción o de sus complejos, accederá a un modo de vida más completo, que será más libre y más feliz pero existe un periodo de transición, una "zona de dolor" a la que teme enfrentarse. Siguiendo con la analogía, podemos considerar a toda revolución o reforma social como una especie de psicoterapia de la sociedad. O, quizás, deberíamos acuñar un término nuevo y hablar de "socioterapia".

Difícil es discernir, muchas veces, si la función que cumple la institución de la que se trate fue, originalmente, su función principal y luego se corrompió o si, por el contrario, la institución nefasta, para asegurar su supervivencia y medrar busca, de manera similar a un cortesano intrigante, volverse necesaria e imprescindible. No lo sabemos pero podemos atrevernos a formular una ley, la de que *todo mal que lleve algún tiempo instalado es ya un mal necesario.*

Toda la réplica conservadora a cualquier intento de cambio se resume, muchas veces, en justificar los aspectos negativos de una institución en virtud de sus aspectos positivos. Y es que no dejan de tener razón en que es muy difícil suprimir *crímenes que se hallan insertos en el sistema económico, político o social.* Los liberales claman por la función empresarial, por la circulación de capitales. En nombre de eso se justifica todo. Los derechistas (y los izquierdistas también) hablan del crimen, organizado o desorganizado, y de la necesidad de mantenerlo a raya. Y, también en nombre de eso, se justifica todo. Como aquel personaje magistralmente interpretado por Jack Nicholson en *Cuestión de honor* nos recuerdan que "vivimos en un mundo rodeado de muros: ¿Quién los va a cuidar? ¡¿Tú?!"

El socialismo ingenuo

Como dije antes, esto puede parecer obvio. No lo es tanto, sin embargo ya que, lamentablemente, muchas de las críticas socialistas al capitalismo -incluyendo las anarquistas- han caído en esta ingenuidad al presentar el conflicto social, principalmente, como una lucha entre trabajadores pobres y ricos ociosos, con lo que dejan servida la réplica a los pajarracos liberales, austriacos, randianos y demás que se llenan el pico graznando acerca de

la función empresarial y la necesidad de que alguien acumule y haga circular el capital. No se trata de que el capitalista no trabaje o no cumpla una función. Lo importante es la desigualdad en el intercambio, la violencia soterrada que subyace a relaciones teóricamente libres. Pudieron existir señores feudales y dueños de esclavos que trabajasen tan o más duramente que sus hombres (esto último es difícil de creer pero, teóricamente, es posible). Pero lo importante es que su mayor porción en el reparto de la torta no estaba determinada por la calidad de su aporte sino por el hecho de que él era el amo, de que él era el que portaba un cuchillo que tanto servía para repartir la torta como para poner orden en unas huestes descontentas. Lo mismo puede decirse del empresario y el capitalista modernos. No se trata de que sean parásitos que no cumplan ninguna función (en realidad, si así fuera, todo sería mucho más fácil y hace rato estaríamos ocupándonos de otros temas), se trata de que, aunque sean trabajadores, son trabajadores privilegiados y de que sus privilegios se hallan basados, en última instancia, en la fuerza (aunque, también, en la astucia). O se les quitan sus privilegios y se convierten en trabajadores como los demás o se les quita de en medio y que otros trabajadores se ocupen, por turno, de sus funciones. Sin duda alguna, decir esto es mucho más fácil que hacerlo.

El anarquismo ingenuo

Junto a ese socialismo ingenuo, existe, también, un anarquismo ingenuo que tiende a creer que el Estado es una institución absolutamente superflua y de la cual podríamos prescindir mañana a la hora de la merienda con sólo desearlo. Recuerda esta postura a cierto poema narrativo, no sé si de Bertolt Brecht o Pablo Neruda, que trata acerca de un hombre que, desde chico, estaba acostumbrado a caminar con muletas y que creía que sin muletas no podría caminar. Hasta que, un día, fue al médico y éste las rompió y arrojó al fuego. Entonces el hombre se dio cuenta de que no sólo no necesitaba las muletas sino de que *nunca las había necesitado*. Qué duda cabe de que es una bella historia y entendemos el sentido de la fábula pero es bastante ingenuo pretender que se puede prescindir del Estado tan fácilmente (y, además, de todos modos el hombre de la fábula necesitó que el médico rompa y queme las muletas). Es difícil creer que una institución activa, que acompaña el desarrollo de la civilización desde fines del periodo neolítico, no se haya enquistado en el tejido social hasta volverse parte orgánica del mismo. *Más que con unas muletas superfluas, deberíamos compararlo con unas prótesis que sirven para caminar, sí, pero que, a la vez, atrofian las piernas, generando un círculo vicioso casi imposible de romper.*

La noche del 13 de julio de 1977, una parte importante de Nueva York quedó sin energía eléctrica, fenómeno éste conocido como el *New York Blackout*. El resultado fue una ola de vandalismo y violencia -y esto sólo como consecuencia del debilitamiento de uno de los factores técnicos que facilitan el trabajo de la policía. Si mañana, por un azar, desapareciesen de un país X todos sus funcionarios, sus militares y sus policías -es decir, todo el Estado- podemos estar casi seguros de que la historia del apagón neoyorquino conocería una nueva versión corregida y aumentada y, para colmo de males, coronada con el nacimiento de un nuevo Estado como saludable colofón. La historia terrible del *Señor de las moscas* de William Goding puede interpretarse en un sentido análogo. La educación autoritaria y moralista había reprimido, durante años, la vitalidad y la energía de los muchachos de modo que la misma se pervirtió y, cuando se vieron libres, reaccionaron desatando una ola de crueldad y violencia los unos contra los otros. De este modo, la educación autoritaria se convierte en realmente necesaria y terminan siendo correctas sus justificaciones, aunque no lo fueran en un principio. *Hobbes termina teniendo razón, pero sólo por que pensamos que la tenía.*

El lamento por la "espontaneidad"

Relacionado con este tema se halla el conocido lamento de los liberales -incluyendo a los "anarcocapitalistas"- que acusan a los anarquistas de autoritarios, partidarios del "control social" y enemigos de la "espontaneidad" y el "orden espontáneo" por que proponen formas de organización social que van a contracorriente de las tendencias predominantes en la época. Según dicen, la gente, espontáneamente, "prefiere el capitalismo" y, por lo tanto, es puro vanguardismo y autoritarismo propugnar otra cosa. Esto es, simplemente, sofística y demagogia impresentables-lo que no debiera extrañarnos viniendo de los "anarcocapitalistas" pero sí sorprende viniendo de algunos mutualistas. En primer lugar, no es cierto que la ayuda mutua o reciprocidad sea un principio artificial y aprendido. Sí es cierto que, en nuestra sociedad, tiende a retroceder. Pero hay mucho pan por rebanar en lo que se refiere al carácter espontáneo de ese retroceso. Son muchos los indicios que apuntan a un complot tácito para destruir la ayuda mutua y las asociaciones voluntarias y horizontales del pueblo, complot en el que se dan la mano el capitalismo y el Estado. En segundo lugar, si admitimos lo dicho anteriormente con respecto a las relaciones entre la sociedad y el Estado y si no nos adherimos al "anarquismo ingenuo" admitimos que la sociedad, dejada "en situación espontánea", tenderá a reconstruir tanto el Estado como la carencia de libertad (podríamos hablar de un "suicidio de la libertad"). *Precisamente por que somos amigos de la libertad no lo somos de la espontaneidad neciamente entendida.* En tercer lugar, si ir contra las tendencias predominantes es ser autoritario, "vanguardista" e "ingeniero social" nunca podríamos opinar distinto de la mayoría y deberíamos admitir todo aquello que se encuentra inserto en la cultura y en la opinión pública a fuerza de repetición mediática y educativa. En muchos países de América Latina deberíamos admitir el derecho del marido a pegarle a su mujer y a sus hijos y llegaríamos a la conclusión absurda de que, en la Alemania de los años 30, los amigos de la libertad



deberían haber apoyado a Hitler ya que la mayoría del pueblo alemán lo apoyaba. Demagogia impresentable, más aún viniendo de personas que viven quejándose de la masiva penetración de las teorías izquierdistas, marxistas y keynesianas, las cuales, según dicen, le han lavado el cerebro a la gente.
En resumen, el anarquismo ingenuo es el que cree que Hobbes no tenía razón bajo ninguna circunstancia. Un anarquismo más centrado sostiene que *se puede crear* un marco en el que Hobbes no tenga razón. Podemos discutir sobre cómo sería ese marco pero nada hay de autoritario, vanguardista, "partidario del control social" ni "antilibertario" en sostener que algunos de los rasgos de ese marco deban ser radicalmente distintos del marco existente en la actualidad, supuestamente "espontáneo". Precisamente por que se ama la libertad se busca crear un marco en el que esa libertad sea duradera, estable e igual para todos.

Revancha de Marx (pero sólo en parte)

Dice Trosky: "Los postulados de "abolición" del dinero, de "abolición" del salario, o de "eliminación" del Estado y de la familia, característicos del anarquismo, sólo pueden presentar interés como modelos de pensamiento mecanicista. El dinero no puede ser "abolido" arbitrariamente, no podrían ser "eliminados" el Estado y la familia; tienen que agotar antes su misión histórica, perder su significado y desaparecer." (*La revolución traicionada*, capítulo IV). Pues bien, señor Trosky, a despecho de su insufrible pedantería, de la represión implacable que arrojó sobre Cronstandt y otros lugares y de su pusanimilidad a la hora de enfrentar a Stalin (pareciera que el terrible León se convirtió en un asustado gatito), he de decirle que tiene usted razón. Y, con usted, tienen razón los marxistas en ese punto concreto. El anarquismo ingenuo que habla de "abolir" esto o lo otro parece un poco el reverso bondadoso de aquellos funcionarios bolcheviques satirizados por su compatriota Zamiatin que declaraban que "queda terminantemente prohibido el hambre" o "desde hoy está oficialmente proscrito el cólera".
Sin embargo, parece claro que la fórmula marxista para que el Estado "agote su misión histórica" ha fracasado estrepitosamente. Si queremos que una planta se marchite no parece muy razonable fortalecerla al máximo. Y, si se trataba de que la gente se acostumbre a "vivir sin Estado", educarla para ello "desde el Estado" parece algo incongruente ya que sería como esperar que el Estado cave su propia tumba. Lord Acton ya lo había visto muy claro cuando dijo aquello de que todo poder corrompe. Si queremos que el Estado agote su misión histórica lo más razonable parece comenzar a actuar lo más posible *fuera del Estado*. Si queremos que las funciones positivas del Estado las asuman asociaciones libres, deben comenzar a hacerlo ya, aunque sea a paso de tortuga, y no esperar a que las condiciones hayan "madurado". Como dijo Malatesta, sólo con la libertad se aprende a ser libre, como sólo trabajando se aprende a trabajar. Si la visión del anarquismo ingenuo es mecanicista, no lo es menos la de Trosky, que parece ver en el Estado algo así como una caja de herramientas de la que puedo olvidarme para siempre cuando haya terminado de reparar la bicicleta, olvidando que el Estado está formado por *personas* y que las mismas no se van a desprender tan fácilmente de sus posiciones de mando ni van a ayudar así como así a que prosperen las condiciones que los dejen no sólo sin trabajo sino sin privilegios. En resumen, es verdad, como dicen los marxistas, que es largo el proceso, *pero es mil veces más sensato que el mismo se haga fuera del Estado e incluso contra el Estado y no desde el mismo.*
Al final del camino, en el mejor de los supuestos, encontramos al policía, con su kepi y su vara, en un museo. En un supuesto más conservador, encontramos sus funciones, en tanto sean necesarias, desempeñadas por turno por miembros de asociaciones voluntarias o, tal vez (aunque me parece que es una opción con peligros potenciales), por trabajadores libremente contratados. Al final del camino encontramos al empresario convertido en un trabajador más. O a los trabajadores haciendo de empresarios sin dejar de ser trabajadores. Como ya dije antes, es más fácil decirlo que hacerlo. También era más fácil hablar de volar que volar. Hasta que, un día, se inventó el avión. "*Gaudeamus*, compañeros, debemos alegrarnos de ser jóvenes".

A TODOS LOS AUSENTES

Por Juan Domingo Fernández

Tenían sus ventanas
abiertas
a la vida
el sol
los empapaba
por dentro
y por fuera
pero,
la muerte
horrenda
vestida
de uniforme
cerró todas sus puertas
apagó todas
sus luces
y en funeral
amargo
marcharon
"mil" muchachos
preñados de semillas.
Me sube por la sangre
un sabor casi amargo
al saber que han quedado,
(ofrendando sus vidas)
aquellos amigos
que venían conmigo,
queriendo sembrar
de paz y de trigo
la vida de los niños
pero no los dejaron.
Cegaron sus sueños
en pleno septiembre,
y hoy lloran
junto a mí
los hombres que quieren
limpiar de ignominias
la tierra Argentina.
Me duele la injusticia



de saber que hay hombres
que un día
murieron por nosotros
y que sus asesinos
anden muy tranquilos
transitando la Patria,
la Patria que quisieron
limpiarla de ignominia
(y hacerla socialista)
los hombres que un día
murieron por nosotros.
Por eso es que te pido,
mujer, hombre y anciano
que unamos nuestras manos
para vengar a los hombres
que un día
murieron por nosotros.
Nuestra generación
ha sufrido
el dolor
de ver la vida
herida en plena primavera
cuando el horror
se hizo presente
en todos los rincones
de la Patria:
sin respetar
a los niños casi aéreos,
ni a las frutales muchachas
de noviembre.
Nuestra generación
ha llorado
como pocas
la impotencia
de ver caer
hombres y mujeres
con sus alas quebradas
bajo el feroz poder
de la demencia uniformada.

La evolución del pensamiento ético y filosófico de Mijail Bakunin

Por Angel Cappelletti

Bakunin, a diferencia de Kropotkin, en cuyo pensamiento no hubo cambios bruscos y radicales (si se exceptúa su alejamiento de la concepción tradicional del mundo y su ruptura con la fe cristiana), Bakunin sufrió una larga evolución, tanto en lo filosófico-religioso como en lo sociopolítico.

En ella se pueden reconocer tres etapas bien definidas:
1. La etapa idealista-metafísica, que va desde 1834 a 1841.
2. La etapa idealista-dialéctica, que se extiende desde 1842 a 1864.
3. La etapa materialista, que comprende de 1864 hasta la muerte en 1876.

Si se prescinde de los años de la niñez y la adolescencia, en los cuales Bakunin, aunque hijo de un aristócrata relativamente liberal, educado en universidades de occidente, recibe la educación propia de todo educando de la nobleza de la época, y acepta la doctrina cristiana tal como la interpreta la Iglesia ortodoxa (lo cual implica el reconocimiento del sagrado derecho del zar a gobernar su imperio), puede decirse que su pensamiento se despierta, hacia 1834, esto es, cuando tiene veinte años, gracias al contacto con la filosofía idealista alemana.
Nicolás Stankevich, poeta y filósofo malogrado, lo inicia en la ardua lectura de Kant. A través de una bastante nutrida correspondencia, cuyos destinatarios principales son sus propias hermanas, el



joven Miguel demuestra un entusiasmo casi sin límites por la filosofía trascendental. Puede decirse que dentro de la primera etapa idealista, el Kantismo constituye la primera subetapa. Ésta se inicia con la visita a Premujino de Stankevich, en octubre de 1835. Bakunin estudia la*Crítica de la razón pura*. Al año siguiente (1836), el entusiasmo metafísico, que alcanza ribetes místicos, según lo demuestran las cartas de la época, se desplaza hacia Fichte. Es la exaltación de la eticidad absoluta, del yo como creador del mundo espiritual. He aquí la segunda subetapa. Lee la *Guía de la vida feliz* y traduce el tratado Sobre el destino del sabio. Conviene advertir que en Fichte, para el cual ninguna acción puede considerarse moral si responde a un imperativo ajeno al Yo, pudo encontrar ya el joven Bakunin un germen de su afirmación anarquista de la personalidad como valor supremo.

Por una evolución bastante lógica y hasta, si se quiere, necesaria, de Fichte pasa pronto a Hegel (1837). La actitud de euforia metafísica y entusiasmo místico continúa y aún, si cabe, se hace más ardiente. Se trata de un Hegel romántico, en el cual la laboriosa trama dialéctica importa menos que el ímpetu ontológico, de un Hegel hecho a la medida para quien desea revolucionar todo el pensamiento sin cambiar nada de la realidad social y política. Este es, sin duda, un Hegel bastante diferente todavía del que cultivan los jóvenes hegelianos; el Hegel de la derecha hegeliana, el Hegel quizás del propio Hegel, aun cuando intelectualmente diluido y minimizado. Es la tercera subetapa. Lee la *Fenomenología*, la *Enciclopedia* y la *Filosofía de la Religión*. Traduce fragmentos de Hegel, de Marheincke, de Goschel (Jeanne-Marie, Michel Bakounine, Une vie d'homme, Geneve, 1976, p. 33).

El hegelianismo sirve en aquel momento (la década del 30) en Rusia como nuevo y adecuado instrumento intelectual para justificar la autocracia zarista. El principio de la racionalidad de lo real concluye sustentando la racionalidad del Estado y del Estado absoluto.

No hay duda en el Bakunin de estos años, según lo que puede inferirse de su correspondencia, el más ligero asomo de crítica social o política, sino más bien una adhesión por lo menos tácita al statu quo. Todo su entusiasmo está reservado para la metafísica, lo único que le interesa es la espiritualidad trascendente y la infinitud interior. Más aún, según anota en sus cuadernos hegelianos (citado por Carr), cree que: «No existe el mal; el Bien está en todas partes. Lo único malo es la limitación del ojo espiritual. Toda existencia es vida del Espíritu; todo está penetrado del Espíritu; nada existe más allá del Espíritu; el Espíritu es el conocimiento absoluto, la libertad absoluta, el amor absoluto y, en consecuencia, la felicidad absoluta».

La segunda etapa o época de la evolución del pensamiento de Bakunin se inicia con su viaje a Berlín, para seguir allí los cursos universitarios de filosofía, o, por mejor decir, con su alejamiento de Berlín en 1842.

En 1840, el joven aristócrata, que ha tenido serios conflictos con su padre y ha renunciado a su carrera militar, prefiriendo ser soldado raso de la filosofía alemana antes que oficial de la artillería rusa, inicia un contacto directo con figuras importantes del idealismo. No llega a ser discípulo de Hegel, quien ya no enseña en Berlín, pero escucha las clases de Schelling, otro de los tres grandes de la filosofía poskantiana. Algunos historiadores han sugerido la posibilidad que en el aula de Schelling se encontraran juntos en un momento dado, Bakunin, Stirner y Kierkegaard.

La enseñanza del viejo filósofo, cada vez más inclinado a la mitología y a la teosofía, parece haber defraudado las expectativas del ardiente ruso. Después de un año y medio aproximadamente, se cansa y decide desertar de los cursos universitarios. Aunque su propósito inicial, al dirigirse a Berlín, había sido completar allí sus estudios hasta doctorarse y retornar luego a la patria para enseñar filosofía en la universidad de Moscú, tal propósito está ya enteramente olvidado.

Dice E.H. Carr (*Bakunin*, Barcelona, 1970, p. 120): «El proceso de la metamorfosis de la rebelión doméstica en rebelión política que se operó en Bakunin en la Alemania de 1842 puede ser descrito en los simples términos de la literatura y la filosofía germánicas. Bakunin, junto con la mayor parte de sus compatriotas contemporáneos, había estado sujeto –antes de su traslado a Alemania– a dos importantes influencias teutonas: el romanticismo germánico y la filosofía de Hegel. Cuando llegó a Berlín, en el año 1840, esas influencias seguían todavía disfrutando del mayor favor por parte de los alemanes, y el ambiente intelectual que encontró en Alemania no era en esencia diferente (aunque, tal vez, de nivel más elevado) del que había dejado en Rusia. El primer año de su permanencia en Berlín representó el final de su periodo ruso más bien que el principio de su período europeo».

En el año 1842, después de su viaje a Dresde, se inicia, pues, en rigor la segunda etapa de la evolución del pensamiento de Bakunin.

Así como el iniciador de la primera etapa fue Stankevich, el de la segunda fue Ruge.
Este, que había de ejercer también fuerte influencia sobre el joven Marx, era algo así como el portavoz de la izquierda hegeliana a través de su periódico *Hallische Jahrbu cher*.
En realidad, los llamados «jóvenes hegelianos» eran radicales, dedicados sobre todo a la crítica de la cultura y de la religión, para lo cual se valían del método dialéctico de Hegel, desestimando su sistema metafísico. No negaban que todo lo real es racional, pero insistían en subrayar la idea de que lo más real es el devenir (que se produce de acuerdo a un ritmo dialéctico), por lo cual la realidad (y, por ende, la racionalidad) debe ser concebida como una perpetua transformación y nada hay menos real que el estancamiento y la perpetuación del status. De esta manera, convertían al Hegel histórico que, por lo menos en sus últimos años, se demostró un pensador altamente conservador y aun reaccionario, en un verdadero filósofo de la revolución. La dialéctica, en manos de los jóvenes hegelianos, se constituye así en un ariete contra la tradición, la monarquía, la Iglesia, el feudalismo, el Estado.
Bajo el seudónimo de Jules Elysard, publica el joven ruso su primer ensayo importante, *La reacción en Alemania*, típico ejemplo de la literatura de la izquierda hegeliana, y según Carr, «el escrito más conveniente y más sólidamente razonado que salió de la pluma de Bakunin».
Con esta obra concluye la primera subetapa del segundo período del pensamiento de Bakunin, es decir, la época en que es un miembro de la izquierda hegeliana stricto sensu. Debe tenerse en cuenta, sin embargo, que en sentido general sigue siendo un dialéctico durante todo el segundo período, es decir durante veinte años más, aun cuando las referencias explícitas a Hegel y a la dialéctica sean cada vez más raras. Feuerbach, desde aquí, no deja nunca de estar presente.
Así como la primera etapa juvenil, metafísica, que se desarrolló en Rusia, puede denominarse la etapa conservadora, desde el punto de vista político-social (aun cuando se tratara más bien de un conservadurismo implícito) así la segunda etapa entera (ya en Alemania, ya en Francia, ya de nuevo en las prisiones rusas o en el destierro siberiano), que en lo filosófico se caracteriza por una dialéctica básicamente idealista, debería llamarse en el aspecto político-social, el período demócrata-socialista.
La segunda subetapa de este segundo período se inicia con la lectura del libro de Stein, *El socialismo y el comunismo en la Francia contemporánea*, a través del cual se pone en contacto con las ideas de Saint-Simon, Leroux, Fourier y Proudhon. Casi al mismo tiempo conoce al poeta Herwegh, quien lo relaciona, a su vez, con el movimiento de «La joven Alemania» y le presenta a George Sand. Es, en verdad, el momento del descubrimiento de la cultura y el espíritu francés para Bakunin. Durante su permanencia en Suiza conoce, sin embargo, la obra, el pensamiento y, más tarde, la persona misma de G. Weitling, sastre, hijo natural de un soldado francés y una doncella alemana que en cierta



manera representa la síntesis de las dos naciones que sucesivamente más admiró Bakunin: Alemania y Francia. El libro de Weitling, titulado *Garantías de la armonía y de la libertad*(1842), defendía un comunismo que casi podía llamarse «anárquico», puesto que, según él, en la sociedad ideal el gobierno es sustituido por la administración y la ley por la obligación moral. En París, en 1844, conoce a Lamennais, a Leroux, a Considerant, a Cabet, a Blanc, esto es, a la plana mayor del socialismo utópico. Pero conoce, sobre todo, a los dos hombres que más han de influir en la formación de su pensamiento definitivo y maduro, Carlos Marx y Pedro José Proudhon (un alemán y un francés, vale la pena recordarlo); el primero como el polo negativo; el segundo como el positivo de su actividad intelectual.
De todas maneras, pese a todo lo que de ambos aprende y a la admiración que manifiesta por ellos, no se puede decir que Bakunin sea en estos años marxista ni proudhoniano. Su ideología, un tanto difusa, corresponde más bien al ambiente romántico demócrata-socialista que precede a la revolución de 1848 y, en términos muy generales, a un idealismo ético-social cada vez más alejado en la forma y en el lenguaje del idealismo de los jóvenes hegelianos, aunque no enteramente ajeno a él en el fondo. No sin cierta razón, su amigo el escritor ruso Belinski escribe sobre él en este momento: «Es un místico nato y morirá siendo místico, idealista y romántico, porque el haber renunciado a la filosofía no significa que haya cambiado de genio» (citado por Carr).
La tercera subetapa del segundo período, que se inicia con su viaje a Alemania y su asistencia al Congreso Eslavo celebrado en Praga, en junio de 1848, se caracteriza por la aparición (o, quizás sería mejor decir, por el afloramiento) del nacionalismo eslavo y del paneslavismo. Las posiciones filosóficas siguen siendo las mismas, aunque cada

vez resultan más implícitas, y tampoco se niegan los ideales democráticos y socialistas.
A diferencia de muchos de los líderes políticos de los pueblos eslavos sujetos a Turquía, que ven en el imperio ruso la única fuerza capaz de liberarlos del yugo musulmán y que, por consiguiente, no tienen objeciones contra la autocracia zarista, Bakunin insiste, como los miembros de la Joven Alemania y como casi todos los nacionalistas de la época, en vincular el nacionalismo con la democracia. La pugna esencial y la contradicción básica se produce, según Bakunin y esta mayoría de demócratas nacionalistas, entre dinastía y patria, entre Rey y nación, entre soberanía del monarca y soberanía del pueblo. En términos políticos es la lucha de un individuo (el monarca) y una pequeña minoría (los nobles) contra una inmensa mayoría (el pueblo). En términos éticos es nada menos que la pelea entre el vil egoísmo y la generosa amplitud. «Patria» es no sólo libertad sino también igualdad y fraternidad. Por otra parte, en este momento, después del fracaso de la revolución de 1848, se define ya claramente su actitud antiburguesa. Como se ve en *Llamamiento a los eslavos*, la burguesía constituye para él una clase esencialmente contraria a la revolución, mientras los llamados a realizarla son los campesinos (clase sin duda ampliamente mayoritaria no sólo en Rusia y los países eslavos sino en toda Europa).
Desde mayo de 1849 hasta agosto de 1861 permanece primero preso en Sajonia, después en Austria, luego en Rusia y, por fin, confinado en Siberia. Su actividad literaria (si se exceptúa la *Confesión al Zar*) es prácticamente nula durante toda esta época. Podemos inferir, sin embargo, que al llegar a Londres en 1861 trae las mismas ideas y propósitos que cuando es aprehendido en 1849, puesto que casi inmediatamente se pone a conspirar en pro de la libertad de Polonia y trabaja en la preparación de una expedición a este país. Parece como si, durante doce años, su pensamiento hubiera estado congelado, hecho que no resulta difícil de explicar cuando se tiene en cuenta que la mente de Bakunin necesita el estímulo de los hechos sociales para funcionar y para cambiar en realidad, un cambio importante –de hecho, el más importante de todos, puesto que lo conduce hacia su forma última y más característica– sólo se da cuando, fracasada la expedición a Polonia, Bakunin, desilusionado de los nacionalistas polacos, se aleja también de todo nacionalismo, aunque no sin antes haber pagado todavía un tributo de admiración a Garibaldi, libertador de Italia, visitándolo en Caprera, a comienzos de 1864.
La Tercera y última etapa de su evolución intelectual se inicia poco después, en Florencia, donde se establece. Ella se caracteriza por el materialismo y el ateísmo en lo filosófico, por el colectivismo en lo económico; por el anarquismo en lo político.
Fácil es advertir que esta evolución de Bakunin tiene un sentido inverso a la que se suele dar en la mayoría de los pensadores y militantes sociales o políticos. Mientras la mayor parte de los que cambian y evolucionan suelen pasar de la izquierda a la derecha, del culto a la revolución (o, por lo menos, del reformismo) a la reacción y al conservadurismo, al pasar de la juventud a la edad madura y la vejez, Bakunin pasa, precisamente al revés, desde el conformismo tradicional de su adolescencia hacia el anarquismo revolucionario de sus últimos años, del idealismo metafísico al materialismo ateo o antiteo.
La tercera y última etapa de la evolución del pensamiento bakuninista podría subdividirse, como las dos anteriores, en tres subetapas:
1.La florentina (1864-1865).
2.La napolitana (1865-1867).
3. La suiza (1867-1876).
Aquí se hace sentir, por una parte, la influencia de Proudhon y Marx; por la otra, la del cientifismo materialista de la época. La primera subetapa puede considerarse aún como un momento de transición. El ateísmo o, por mejor decir, el antiteísmo es ya claro. Escribe por entonces: «Dios existe; por consiguiente, el hombre es su esclavo. El hombre es libre; por lo tanto no hay Dios» (cit. por Carr).
No es difícil notar, por lo demás, que el ateísmo y el materialismo de todo el último período no están libres de la influencia de la dialéctica hegeliana. La sombra de ésta persiste en Bakunin hasta el fin. Y su materialismo, que por su contraposición al de Marx y Engels, suele denominarse «mecanicista», no deja de ser también, en alguna medida dialéctico. Igualmente, en el terreno político, durante la primera subetapa florentina, persisten algunas ideas y posturas nacionalistas. Dice E.A. Carr: "El entusiasmo que por el nacionalismo italiano sentía pareció por un momento que iba a compensarle de la desilusión sufrida por las aspiraciones polacas. Pero pronto hubo de darse cuenta de lo falso de la compensación. La victoria del nacionalismo, lejos de traer tras sí la victoria de la revolución, no había ni rozado siquiera la cuestión social. Una vez liberada, en lugar de superar a las demás naciones en «prosperidad y grandeza», Italia las superó solamente en pordiosería. Los principales dirigentes políticos italianos fueron perdiendo su tinte revolucionario... Ni Garibaldi ni Mazzini tenían nada de revolucionarios. En su persecución de un ideal se estaban conduciendo de la manera más irresponsable, lo mismo uno que el otro bando. Se estaba acercando la hora en que los revolucionarios de todos los países se verían obligados a defender sus postulados ante la retórica patriótica-burguesa «de aquellos figurines»".
En realidad, como añade el citado historiador, «el *Catecismo revolucionario* es el primer documento en el que se proclama el renunciamiento del nacionalismo como factor revolucionario y en el que aparece perfilado con toda claridad el credo anarquista de Bakunin». Pero ni siquiera aquí saca todas las consecuencias lógicas de este credo. Todavía no hay una radical negación del Estado ni un rechazo categórico del parlamentarismo.
En Florencia funda Bakunin una fraternidad que, según Woodcock, «ha pasado a la historia como una organización nebulosa», concebida «como una orden de militantes disciplinados, entregados a la propagación de la revolución».
La subetapa napolitana se refleja en el citado *Catecismo revolucionario*, que Bakunin escribe para los miembros de otra organización, más sóli-

da y más definitivamente anarquista por su programa: la Fraternidad Internacional. Esta es partidaria del federalismo y de la autonomía comunal en lo político, del socialismo o colectivismo en lo económico-social y declara imposible la revolución sin el uso de la fuerza, aunque en su organización interna revela una estructura jerárquica y, como anota Woodcock, pone «un énfasis nada libertario en la disciplina interna».

Si la subetapa florentina puede considerarse como la transición entre nacionalismo y anarquismo, la segunda, napolitana, debe caracterizarse como la del federalismo colectivista o socialismo anárquico incipiente, no enteramente ajena a ideas que, desde un punto de vista lógico, son incompatibles con el anarquismo; no totalmente desprovista de contradicciones y vacilaciones.

Al final de este período, la intervención personal de Bakunin en el Congreso por la paz y la libertad, de Ginebra, donde al principio es calurosamente acogido por Garibaldi y por la flor y nata del liberalismo europeo, sirve para demostrar a esta misma élite intelectual y a Europa entera, que el luchador ruso se encuentra ya más allá del liberalismo y de la democracia y se ha pasado definitivamente al campo de la revolución social.

La tercera subetapa, que transcurre en su mayor parte en la Confederación Helvética, y se extiende desde este Congreso, en 1867, hasta la muerte en 1876, puede tenerse por la época de la consolidación final del materialismo ateo, del colectivismo y del federalismo, esto es, de la concepción anarquista de Bakunin.

A este período corresponde la fundación de la Alianza Internacional de la Democracia Socialista, cuyo programa, como anota Woodcock, es más explícitamente anarquista que el de la Fraternidad Internacional napolitana, y muestra la influencia de la Asociación Internacional de Trabajadores. Al comienzo de esta última subetapa de su evolución ideológica y de su vida, Bakunin escribe una de sus obras más orgánicas y representativas: *Federalismo, socialismo y antiteologismo*. En ella el mismo título revela el programa y sintetiza el pensamiento de su autor:

En lo político, abolición del Estado unitario y centralizado, que ha de ser reemplazado por una federación de comunas libres y libremente federadas entre sí.

En lo económico, socialización de la tierra y de los medios de producción, que han de pasar de los terratenientes y capitalistas a las comunidades de trabajadores (no al Estado).

En lo filosófico, materialismo basado en las ciencias de la naturaleza y negación de toda divinidad personal y de toda religión positiva.

La primera tesis va dirigida contra toda ideología de gobierno propiamente dicho, pero especialmente contra el nacionalismo, que pretende una república unitaria, con Mazzini. La segunda ataca en general a la sociedad burguesa y capitalista, pero de un modo particular a los ideólogos que se conforman con la independencia nacional y la democracia política, olvidando la desigualdad social, la miseria del pueblo, la explotación de los trabajadores. La tercera impugna toda cosmovisión teísta y espiritualista, pero quiere refutar de un modo directo las ideas religiosas de Mazzini y de la «Falanga Sacra».

Entre los tres principios, federalismo, socialismo, y antiteologismo encuentra Bakunin un vínculo de interna solidaridad. No se trata, para él, como para Marx, de señalar una estructura y una superestructura en la sociedad. No se trata de acabar primero con el capitalismo, para que al fin se derrumben también el Estado y la religión. Se trata, más bien, de enfrentar a un único enemigo que tiene tres caras (tres horrendas caras por cierto, según él las ve): la propiedad privada (que es la sin razón y la prepotencia económica), el Estado (que es la sin razón y la prepotencia política) y la religión (que es la sin razón y la prepotencia espiritual). La vinculación entre lo dos últimos se hace particularmente clara en otro escrito editado con el título de *Dios y el Estado*, después de la muerte de su autor, «Es la lucha contra Dios lo que condiciona todos los combates contra el poder político: resulta imposible abatir el poder temporal sin demoler al propio tiempo la religión. Toda la violencia del ateísmo de Bakunin deriva de esta razón dirimente» (H. Arvon, *Bakunin, Absoluto y Revolución*, Barcelona, 1975, p. 55). Este ateísmo está bajo el signo de Feuerbach y de Proudhon, autores cuya influencia sobre Bakunin se remonta, como vimos, a la etapa anterior.

Período idealista metafísico (1835-1841):
Idealismo trascendental (kantiano) – 1835
Idealismo absoluto (fichteano) – 1836
Idealismo absoluto (hegeliano) – 1837-1841
Período idealista dialéctico (1842-1864)
Izquierda hegeliana – 1842
Democracia socialista – 1842-1848
Nacionalismo democrático (paneslavismo) – 1848-1864
Período materialista (1864-1876)
Transición del nacionalismo al anarquismo – 1864-1865
Inicios del anarquismo y del materialismo – 1865- 1867
Anarquismo colectivista y ateo – 1867-1876
Anarquismo colectivista y ateo – 1867-1876

Publicado en *Polémica*, n. º 7, abril de 1983

"Parrhesia es una actividad verbal en la cual un hablante expresa su relación personal a la verdad, y corre peligro porque reconoce que decir la verdad es un deber para mejorar o ayudar a otras personas (tanto como a sí mismo). En parrhesia, el hablante usa su libertad y elige la franqueza en vez de la persuasión, la verdad en vez de la falsedad o el silencio, el riesgo de muerte en vez de la vida y la seguridad, la crítica en vez de la adulación y el deber moral en vez del auto-interés y la apatía moral." M. Foucault

ARTÍCULOS, CRÍTICAS, SUGERENCIAS:
laletraindomita@gmail.com

INFORMATE Y BAJÁ LOS NÚMEROS ANTERIORES EN:
www.laletraindomita.blogspot.com

CONSEGUILA EN BAHÍA EN: Librería "Klas" Brown 430; CEhum San Juan y 12 de Octubre Piso 3; Kioskos de: Brown y Fitz Roy; Zapiola y Salta; Aguado y Zapiola; Castelli y Patricios; Zelarrayan 550; Av. Alem 340; Av.Colon 187